

Grande Ópera de París una noche de baile de máscaras á escoger allí nuestras queridas ó nuestras novias : sabe Dios qué dragones, qué arañas, qué lagartijas, qué murciélagos no estarán tras esas caras de ángeles y serafines? Pues todo se sale allá : si por mal de vuestros pecados viniéredes á caer en el buitron de una de esas carantoñas, llamaos á engaño, como que la novia ha sido supuesta. Ni lo blanco de la frente, ni lo purpurino de las mejillas, ni lo rojo de los labios fueron suyos : luego fuisteis embaucados con esos elementos de otra cara : soltero nacisteis, soltero sois : id, hermano, en haz y paz de nuestra santa madre Iglesia, y el cielo os depare mejor suerte. Qué dirían las mujeres si nosotros diésemos de repente en la flor de salir chorreando engrudo el rostro, y sobre él media libra de polvo de arroz ó de maíz echado ahí como cosa del diablo? Pues digamos que un galan de estos habia de andar boyante en hecho de amores y casorios ! Lo mismo da que sea hombre ó mujer el Júdas que se embarra la cara con ajonje y sale á caza de pájaros pegadizos. Bonito soy yo para morirme por una maestra de obras de albañilería que toma á dos manos su lodo blanco, se embadurna con ojos y todo, haciendo hocico la boca, y se afina y pulimenta con palustre los carrillos ! El amor infundido por un bacilisco de esos no es amor ; es encantamento y superchería : ¿ acaso nos agradamos del adorno, y ménos del artificio? Ya sentamos en otro lugar de este libro que la belleza era desnuda ; desnuda de vestido, no tanto ; desnuda de adherentes indiscretos, pegotes repulsivos que revuelven el corazon y le dan convulsiones al alma : desnuda de bismuto, albayalde, agua virginal y otros

potingues que tras ser enojosos á la vista, perturban la corriente de la vida, socaban la salud y dan al traste con la hermosura. Ni el arte refinado de las francesas, esa maña diabólica con que se proporcionan una belleza ingénita, puede pasar á los ojos de los varones, aun sin que piquen en filósofos : respecto de esta tramoya de las mujeres, todos estamos en un corazon : el vulgo la reprobaba al igual del sabio : el necio es discreto en yendo de galanuras fingidas que carecen del poder de los primores naturales. Dudo yo, y nadie me sacará de ella, que una hermosa de embelesos apurados en el colorin alcance jamas el verdadero y profundo amor de un hombre sensato. Bien así como el valiente, el héroe suelen mostrar llaneza y moderacion en todas las ocurrencias de la vida, así la bella, la honesta han de resplandecer por la verdad y la ingenuidad. Al cobarde que truena y relampaguea en ocasiones de paz, que se bebe los vientos y se come á sus enemigos ausentes, le llamamos fanfarron, baladron, matasiete : ese no es lo que ansía parecer. A la hembra que se calafatea el rostro, y le compra al cinabrio la rubicundez de sus mejillas, la llamamos carantoña, esto es mujer vieja ó fea que á falta de lustre y donaire propio, se disfrazaba y sale erguida merced á ese ignoble adobo con el cual nos mata el corazon y nos hiela los sentidos. Mujer enlucida que se oye recuestrar por un hombre, atribuya su buena fortuna á la cortesía, y sepa que allá en el santuario del pecho de ese hombre hay una persona invisible que está protestando con fuerza contra las mentiras de sus labios. En dónde ese fuego vívido que hace hervir la sangre al lado de una mujer de suyo hermosa, que no toma nada del

arte de hacer viejas? El albayalde es sustancia helada; el fuego del vermellon es frio: estos nefandos matadores del amor han asesinado en el seno de la nada muchos grandes hombres y muchas mujeres hermosas. Cómo, con qué aliento insinuarse uno blanda, pero fuertemente con un mascarón de esos que ahoga en la boca la sonrisa, por no abrir con ella una grieta en la mejilla! Esa movilidad celestial de las facciones humanas que son el mudo poema de los afectos, se ha vuelto quietismo abrutado en la mártir del afeitado: cara dada de barniz, cara de palo: los santos de la iglesia no son más formales, frios é insensibles: qué amor, qué placer con monstruo semejante?

Fidelio Tejedor era mancebo de cabeza abrasada y entrañas encendidas: vivir para él, amar. Su cuarto primer amor vino á ser una doncella que rebosaba en salud y hermosura: su edad, la primavera de la vida: el arreo, conforme á su belleza, que era grande: palabra y trato, música divina. Correspondencia unió esas almas. Vaivenes del mundo, altibajos de la fortuna, brutalidades de la política los separaron por cuatro años. Volvió el muchacho: dónde esa Dolores de mejillas como rosas apretadas, labios en los cuales la flor de la fusia se habia disuelto, dentadura blanquísima, aliento oloroso, cabellera de nuestra primera madre? Cuando la niña se le tiró al cuello, una ráfaga pestilente recibió él en el rostro, que le dejó arrecida el alma: los dientes estaban de un amarillo atabacado que queria parecer chocolate: las mejillas ardian en fuego fatuo, esa imagen de la muerte, relámpago de cementerio: los párpados irritados, la voz

enronquecida. Esa mujer era el ataúd podrido donde ella misma habia clavado su belleza muerta. Fidelio, ante esa ruina pútrida, sintió que el ídolo de su pecho caia derrocado. Salió viudo sin dolor, no á llorar su amor perdido, sino á buscar otro más casto é inteligente. Albayalde, muchachas! vermellon, hermosas! Cuando uno llega empolvado del camino, su primer diligencia es lavarse y pulimentarse: las señoritas del día madrugan á empolvarse, y, molineras perpetuas, salen á misa cual si toda la noche hubieran pasado moliendo en la aceña. Caen en unas estas nuestras mujeres, que en verdad, si va á decirla, los matachines europeos que vienen á caza de novias ó de ganga, y se vuelven á su tierra sin dejarles clavo ni estaca en la pared á sus mitades; estos viajeros de bululú, decimos, tienen razon de solazarse escribiendo unos viajes que son El Barbero de Sevilla: ¿y cómo no? las elegantes de Paris usan el polvo de arroz para refrescar y suavizar el cutis; pero se lo limpian y atersan que es gloria: nuestras pisa-verdes, no señor; se hisopean la cara con el dicho polvo, ojos y boca inclusive, y allí las tienen vuestas mercedes de ángeles y serafines lloviendo ceniza por donde pasan. Este afeitado seco es virtud para con el engrudo sobre el cual estampan otras una patena de cinabrio en forma de mejilla. Los pecados capitales han sido siete hasta ahora: El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el séptimo pereza. De hoy mas añadiréis: el octavo afeitado con tontera y todo.

Siempre me ha hecho comezon en el espíritu la idea

de saber porqué la Sede Romana que fulmina excomuniones sobre los impíos, herejes y sismáticos; que ha puesto fuera de la Iglesia á los autores de libros inmorales, los fumadores de tabaco, los que niegan el origen divino del diezmo y la primicia; que amenaza con las penas eternas á los que no le dan cincuenta pesos al cura por cada muerto, y cuatro para las ánimas; á los que no creen de buena gana en la virtud de las reliquias; á los que no hacen fiesta á san Pito y santa Flauta; á los que no mandan decir responsos por el alma de cualquier alma de cántaro que se va; cómo esa corte tan celosa y maternal no ha puesto hasta ahora en entredicho á las mujeres dadas de albayalde, bismuto, *cold cream* y otras brujerías tan perjudiciales para la religion? Acaso la Virgen Santísima habrá usado esos encantamientos y hechizos nefandos? pues cómo sufre Su Santidad que católicas se desfiguren el rostro, imagen de Dios, y anden con esa enorme impostura imprimida en la parte más eminente y gloriosa del cuerpo humano? Desde Theofrasto hasta Labruyère, desde Labruyère hasta el audaz gusanillo que se atreve á poner lengua en uno de los vicios más poderosos del mundo, todos los escritores de moral han hecho armas contra el afeitado de la gente desbarbada: tanto conseguiremos nosotros cuanto consiguió el autor de los *Caractères*; mas si el papa fuera servido de venir en nuestro auxilio, como con la mano les quitara la herejía de la cara, y las dejara católicas-apostólicas-romanas mondas y lirondas. ¿Qué habria sino declarar herético el afeitado, y condenar á las llamas infernales á las luteranas de la más cara? Pues señor, capaces serian las bellacas de se-

pararse de la Iglesia, y abrirle una herida como la cuarta con un cisma de á folio. A efecto de no caer en este peligro, démonos á meditar, investigar, discurrir y descubrir otra manera de ponerlas á raya á estas enemigas de Dios y de los hombres. El mencionado autor de los *Caractères* convocó á sesión extraordinaria á todos los hombres civilizados: por unanimidad rechazaron ellos las mudas ó afeitado y lo declararon reo de lesa amor. « Si las mujeres quieren parecer hermosas á sus propios ojos, dice; si tratan de admirarse á sí mismas, embellezcanse á su modo; pero si su fin es agradar á los hombres, he recogido los votos: decidimos que el rojo y el blanco postizos las vuelven feas y repugnantes, las desfiguran y envejecen ántes de tiempo: aborrecemos por extremo verlas embarradas de albayalde, ni más ni ménos que los lunares y los otros artificios ridículos con los cuales se vuelven risibles; y tenemos creído que léjos de incurrir nosotros en la cólera del cielo por esta descortesía, él nos ha proporcionado este medio infalible de librarnos de ellas. » La junta de Labruyère dió una resolución fundada, pero sin fundamentos: á mi vez he convocado un congreso, y á la fe, hermanos, que cada uno de los vocales ha de dar sus razones. Son éstos un filósofo, un teólogo, un médico, un poeta y un tonto sin oficio ni beneficio, á fin de que el mundo entero se halle representado. El filósofo, electo presidente, se pone de piés, y dice: Señores: Grave es el asunto, pero tan palpable su esencia, que el que no esté viendo su resolución por tela de cedazo, no alcanza los favores de la luz, ni puede meter su cuarto á espadas en materias de estas que por nosotros suelen ser tratadas. Filo-

sosia es la ciencia de averiguar la verdad : averiguámosla una por una, y cuando la hemos descubierto, la adoramos, y en ella nos salvamos, como que es el reflejo de Dios, verdad suprema é infinita. Lo falso, lo escondido en el seno de la impostura, se halla léjos de él, y se aproxima de cada vez más al demonio, ese compuesto de mentiras cuyo espíritu es la corrupcion. El filósofo que vende por suyas doctrinas de otros ; el escritor que se apropia ideas ajenas, se llaman plagiarios ó ladrones de pensamientos y sabiduría : el malandrin que hurta cuadrúpedos es cuatrero : la mujer que finge colores y sale vendiendo hermosura que no tiene ; qué será ? Es reo de belleza simulada, á la cual conviene impongamos castigo no ménos que á la madre de hijo supuesto.

El teólogo habló en seguida, y dijo : Desde que la impúdica Jezabel se teñía los ojos con antimonio y buscaba en el cinabrio el rojo de sus mejillas escuálidas, la Iglesia ha reprobado, aunque no condenado formalmente, el prurito de falsificar la obra de Dios con materias innobles que cultiva la vanidad y compra el vicio. Alma pura, cuerpo limpio : mujeres que huyen de mostrar sus facciones propias, en el alma tienen costurones y peladuras que cubren con capas de hipocresía. Yo juzgaré siempre del corazon de una mujer por su semblante, si ingenuo, si doblado. Los entes celestiales no han menester artificios para ser bellos : la mujer es ángel humano ; ¿ porqué se vuelve hija del espíritu de las tinieblas con esa desfiguracion impia con que hurta la cara á las miradas de los hombres ? Así como nosotros, sacerdotes, atersamos con el aliento la patena que recibía

las formas consagradas, así los varones del siglo deberian limpiar y pulir mil veces el corazon de las mujeres para el sacrificio con el cual las vuelven carne de su carne, hueso de sus huesos. Vanidad, soberbia, flujo por parecer mejores de lo que son y agradar con embelosos fingidos, son particulas que deslustran la patena : echad vuestro aliento en ella, limpiadla, hombres !

El médico se levantó : He leído en la historia antigua que una célebre romana llamada Popea, concubina desde luego, despues mujer legítima de Neron, tenia quinientas burras lecheras que llevaba consigo adonde quiera que fuese. Esta mala mujer era muy buena conocedora de los secretos de la naturaleza : la leche de burra, tomada, es cordial poderoso para los pulmones, los bronquios, todos los órganos respiratorios, y aun tiene mucho de hepática ó virtud curativa de hígados enfermos : usada por fuera en baños ó en lociones, suaviza, atersa y afina la piel como un verdadero filtro de maga ó sábia encantadora, de esas que prolongaban la vida de sus protegidos y su juventud por doscientos años y aun más. Medea prolongó las del padre de Jason, su amante, con yerbas que cogia en montes ocultos : Urganda la desconocida hizo tanto por Amadís de Gaula, que este caballero, á los ochenta años de edad, apenas mostraba treinta en su persona. El secreto de Popea era la leche de burra : tomaba la flor, y en el resto se daba baños generales cada dia. Así es que esta cortesana fué hermosísima hasta muy entrada en edad. Yo aconsejaria á nuestras bellas damas tomasen baños de cuerpo entero de leche de burra : si les fuere posible diluir en ella media libra de sesos del ave Fénix, mejor. Pero esto

de embarrarse la cara con cualquier porquería blanca que pueden haber á la mano, ¿qué es sino asesinar su propia belleza? Las arrugas son hijas del albayalde, señoras! No hay pomada extranjera, unguento ni aceite que no sea infame instrumento de exterminio de la hermosura: la vista flaquea, el aliento se corrompe, la dentadura pierde su esmalte. El refrescante, el tónico poderoso de las fibras es la leche de burra: si no quinientas para todo el cuerpo, una ó dos para la cara, cualquier muerta de hambre las podrá tener. He dicho.

Le llegó su vez al poeta. La aurora brota del horizonte y se extiende en gran trecho del firmamento: decidme, os ruego, ese blanco de las nubes no tocadas aun por los rayos del sol que está viniendo, ¿puede ser mejorado mediante la habilidad de ningun artista? Ese rojo que ya se enciende repartiendo fuego fresco y alegría ¿podiera subir de punto su belleza? Mirad el violado: cuán suave, cuán puro está! id pues y retocadlo: brillantez y primor le faltan. Ahora descendad conmigo á la tierra, si gustais. He aquí la rosa reventada esta noche: refrescadla con vuestros vinagrillos, embermejecedla con vuestros unguentos rojos, comunicadla hermosura y esplendor con vuestras insanas brujerías. Mujer jóven y de buena salud, rosa es, rosa que se está abriendo: ¿qué polvos, qué pomadas caben en esas mejillas que hasta fragantes son con la flor de la sangre que allí se agolpa? Si eres morena, oh tú que así naciste, ¿porqué te desagradas de ese tu colorcillo de perla hervida en la luz ardiente del sol que se va á poner? Sabe que las huríes del paraíso de Mahoma son trigueñas; ó serian mejores si lo fuesen; y á la hermosura de estos

séres dichosos, ni la de los ángeles blancos ha llegado. Por una blanca, podemos dar la vida, como no sea ojo de breque; por una morena de ojos grandes y pestañas arqueadas, de mejillas que están echando llamas de amor y vergüenza, de labios candentes, capaces de alumbrar por la noche con la luz roja de la felicidad; por esta mujer, digo, hacemos pacto con el diablo. La blanca crecerá en esperanzas, si acertare á volverse morena; la morena todo lo ha perdido si da en ponerse blanca merced al mal puesto arroz ó la envidia de Sathanas en que entierra su belleza.

Tras éstos habló el tonto sin oficio ni beneficio. Yo, señores, dijo, no estoy por estas lucubraciones en las cuales todo es humo de pajas: hay en el mundo principio más atinado que este de dar realce á la hermosura con los sabios inventos que nos vienen de las naciones transfretanas? Transfretanas, señores, quiere decir del otro lado del mar. *Transfretanas y lucubraciones*: fijaos en estos dos términos sublimes que llevo ya usados en tan corto discurso. Transfretanos... En qué estábamos? Ah, lucubraciones. No, señores, sino que... Pienso que estábamos hablando del gusano de la seda?

Qué más gusano que él! gritan de la barra.

Al orden! contesta el orador con suma energía y prosigue: Este gusano, como llevo dicho, vive en la morera, y come hojas de la dicha morera.

Y el orador qué hojas come? preguntan en la barra.

Al orden! y continúa: Ya recuerdo que se hablaba aquí de las mujeres, las hermosas, esta divina mitad del género humano, luz de nuestros ojos, sangre de nuestras venas. Blanco sobre blanco, miel sobre ho-

juelas : rojo sobre rojo, llamas sobre llamas. Qué tiene de ridículo, feo ni anticatólico que una reina de la moda salga resplandeciendo con dos hogares de carmin en las mejillas? Me gustan los labios rojos : pero si son más rojos me gustan más : yo vivo en los ojos negros ; los más negros, son mi vida. Y miren si será timbre para un hombre que está privando salir de bracero por esas calles de Dios con la obra maestra del albayalde y el vermellon, artistas poderosos? Difiero, pues, en un todo de mis honorables colegisladores, y voto por la conservacion... La barra le ahogó á pifias y rechiflas, y dejó libres y sin cautela á los demas diputados, quienes despues de maduro exámen dictaron la ley siguiente.

Artículo primero : Las mujeres jóvenes ó viejas que se afeitaren no podrán contraer matrimonio ni con negros.

Artículo segundo : El marido de mujer afeitada será reputado pobre de solemnidad, é non podrá seer testigo en lid, nin faser persona en juicio, nin acusamiento á nadie, nin seer hábil para segundas nupcias, puesto caso que moriese la primera carantoña, é será tenuto por home abestiado é tonto de capirote.

El congreso dió en la mueca : ya no se afeitarán ni las jóvenes, ménos las viejas, que son las que más gana tienen de casarse. Estemos á razon, y pongámonos de piés en la dificultad : yo modificaré esa ley en estos términos : La picosa cuyo rostro infeliz ha quedado como criba, tiene mucho que tapar en su gentil fachada : concedo que se afeite ó ciegue las sepulturas de su rostro

con difuntitos de engrudo, y lo embarnize con *cold cream* inglés ; siquier con enjundia de gallina.

La que adolece de costurones puestos ó nacidos en los labios, goza del derecho de echarles encima una capa de vermellon amasado con almidon muy espeso.

La que brilla por una constelacion de lunares cerdosos, de esos que no son estrellas en el cielo, queda facultada para pasar la rastra por allí, igualar el terreno y sembrar amores y gracias.

Las solteronas á quienes el tiempo, viejo trabajador, hubiese invadido para ararles la cara y dar posesion de ella á la vejez, con esas tristes firmas que llamamos arrugas, pueden asimismo llenarlas de cerotes ó tiras de una pasta cualquiera, y correr por encima el palustre, á fin de que todo quede raso, igual y capaz de recibir un hermoso pulimento.

Todas estas carantoñas podrán casarse con el ojo de bitoque que eligieren, puesto que hallaren correspondencia ; que si no fueren correspondidas, no se obligará ni á los presos de la cárcel á darles la mano.

Tuertos, cojos y pobres que cayeren en caso criminal, podrán solicitar del Poder Ejecutivo la conmutacion de la pena, tomando por mujer, en lugar de la de muerte ó el destierro, una vieja con mudas, habladora ademas, y amiga de enredos y embolismos.

Pero tú, la niña de quince abriles, qué impiedad cometes con blanquear tu blancura, suavizar tu suavidad, y teñir la rubicundez divina de tus labios? Blanquéame, pues, la leche, suavízame el terciopelo, da bermejor más fino y puro á la rosa que se abrió no há mucho en esta aurora ! Tú, muchacha de diezinueve primaveras,

¿qué le tienes que pedir á Vénus misma en liecho de hermosura é incentivos? Las capas de materias extrañas en las mejillas contienen y frustran esas vaporaciones invisibles que el corazón echa afuera por ellas, y van á inundar á los hombres en los amorosos olores con que éstos pierden el juicio en locura envidiable. Juventud, salud, amor están siempre echando por la cara los vapores encantados que producen esta embriaguez de la felicidad que nos inspira tan poéticas sandeces. La mujer hermosa tiene para el hombre jóven la fuerza atractiva del polo: al lado de ella, todo es deseo de acercarse más y más: exhala un ambiente que aspiramos con ahinco: nuestra alma se va á la suya y, obrando el amor, juntas componen este universo de felicidad y placeres que sirve de contrario á las desdichas y pesadumbres que por otra parte son herencia nuestra. Embarnizarse la cara, es cerrar el paso á esas misteriosas exhalaciones. Llegaos, si podeis, á una boca neciamente afeitada: color, olor, sabor, todo os repele. El afeitado es su mortaja: un cadáver no nos inspira más horror. Y hay mujeres que se afeitan, y mujeres hermosas de suyo! Loco es el hombre, dice la filosofía. Loco es, no tanto con su locura propia, cuanto con sufrir la ajena. Si el marido pusiese á raya á su mujer, el padre á sus hijas en este abuso escandaloso de nuestra condescendencia, ¿no veríamos luégo desterrado este, el más extravagante é insano de los vicios? Los judíos mataron á Dios; son deicidas: las mujeres matan la belleza; son suicidas.

---

## RÉPLICA

A UN SOFISTA SEUDOCATÓLICO